

No se trata ya tan sólo de gazapos de imprenta, sino de errores que ponen claramente de manifiesto la poca atención y cuidado que se presta a las distintas fases que componen el proceso editorial, desde la traducción y revisión de pruebas hasta la impresión, oficios que torpemente se han menospreciado, desalentando su práctica y permitiendo que se conviertan en meros ejercicios mecánicos, no obstante tratarse de oficios cuya maestría puede determinar que un texto sea legible o no.

Matilde Souto Mantecón  
INSTITUTO MORA

Nicole Giron, *Ignacio Manuel Altamirano en Toluca*, prólogo de José Yurrieta Valdés, Instituto Guerrerense de Cultura / Instituto Mora / Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, 1993.

Hace más de cien años Altamirano fue de los primeros que desde los pueblos del Sur, acudieron a Toluca para estudiar la preparatoria en el célebre Instituto Literario del Estado de México. El proceso continúa, como lo prueba la película reciente de Gerardo Lara, *Un año perdido*, basada en un excelente guión escrito por el propio Lara y Patricio Ruffo. El *film*, como dicen los entendidos, cuenta la historia de Matilde Campusano, una adolescente que deja el pueblo de Tejupilco, el mundo tradicional y las creencias inveteradas, para enfrentar en Toluca la modernidad, las primeras experiencias amorosas y el movimiento estudiantil preparatoriano de los años setenta. Experiencias dife-

rentes las de Matilde Campusano e Ignacio Altamirano, separadas por la distancia y los cambios de un siglo, pero comunes en el sentido de que la helada Toluca representa para la región, hasta la fecha, una auténtica Atenas.

Los años de estudiante de Altamirano en Toluca, hasta ahora habían sido uno de los puntales del mito: un indito pobre se beneficia con la beca de un gobierno ilustrado; acude al Instituto Literario donde recibe las enseñanzas de Ignacio Ramírez (quien se atrevió a afirmar que Dios no existe); gracias a estas luces, como por ensalmo, podrá romper para siempre con todas las barreras étnicas y sociales y convertirse en el mejor escritor de todos los tiempos, en el político liberal más político y más liberal, en el artífice único de la legendaria revista *Renacimiento*, en el *maestro* de todas las generaciones pasadas, presentes y por venir. Y no estoy exagerando: hace unos meses en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística un "ponente" (parece que así les llaman ahora a los aduladores) encontró no sé qué frase del maestro para fundamentar, ante la presencia de Elba Esther Gordillo y Ernesto Zedillo, que "nuestro tixtleco" ya anunciaba la actual reforma (?) educativa.

Por ello, la principal virtud del libro de Nicole Giron es su estilo sobrio, su enfoque desapasionado, sostenido en una investigación original especialmente rica en fuentes primarias, pero que aprovecha también las mejores investigaciones sobre el tema de su interés. Esto no quiere decir que la narración sea fría ni aséptica; hay de hecho descripciones excelentes (como el recorrido que Altamirano hace a pie de

Tixtla a Toluca, descalzo, para no gastar los zapatos), unas reflexiones finales altamente castizas y cierto sabor decimonónico que le va bien al tema (así, se describe a Tixtla como un “ri-sueño poblado”).

Esta aportación a la biografía de Altamirano es muy importante. Generalmente se cree que las vidas de los mexicanos ilustres son bien conocidas, cuando en realidad las biografías cabales y comprensivas son muy escasas; incluso personajes de la estatura de Altamirano presentan grandes lagunas, con todo y que hay estudios parciales excelentes. Y es que la tarea no es fácil, pues para narrar la vida de un preparatoriano ¿con qué fuentes se cuenta? Sus registros de inscripción, sus calificaciones, la nota de alguna reprimenda, las menciones que hacen de él en su correspondencia los políticos que lo favorecen, los testimonios autobiográficos. Con mucho oficio, Giron complementa estos datos de Altamirano con el panorama de la política educativa de la época, los planes de estudio y libros de texto que se usaban, las biografías de los maestros del Instituto Literario, la historia social de Toluca e incluso elementos del desarrollo urbano y las mejoras sanitarias.

La conseja de los liberales buenos y modernos, enfrentados a los conservadores malos y retrógrados, no halla cabida en este libro. De manera discreta, a veces entre líneas, Giron señala que los grupos moderados también querían implantar una educación más racional y moderna, a la vez que los programas liberales daban todavía a la religión un papel preponderante. Con

el olfato de los buenos historiadores, Giron rastrea un detalle significativo: Altamirano esculpe con sus propias manos un crucifijo de marfil y se hace acreedor a un premio. Aceptemos que Altamirano era un regular estudiante aficionado a la poesía, pupilo del Nigromante pero que tenía cierto aprecio por los crucifijos; aceptemos que el “escolapio” de 1849 no era todavía el liberal “puro”, jacobino, de 1861. Porque con los héroes sucede que se quiere ver en cada movimiento de su cuna el anuncio de las grandezas por venir, y si bien es inevitable que las interpretaciones sean retrospectivas (el desenlace siempre se conoce de antemano), debemos intentar comprender cada época y cada etapa de la vida de un hombre bajo la luz que le es propia, la que corresponde a ese momento histórico específico. Por lo demás don Ignacio Manuel Altamirano tiene méritos de sobra como para andar mendigando elogios infundados, virtudes celestiales o poderes proféticos.

El libro de Nicole Giron presenta un Altamirano más complejo, más rebelde al análisis. Mi lectura de esta obra será distinta a la que hagan otros pues, según dice O’Gorman, “la fortaleza de la fe es invulnerable a los asaltos de la razón”, y es seguro que habrá manera de mantener a Altamirano en su pedestal, alejado del común de los mortales; pero aquellos que gusten de la historia con sabor a carne humana hallarán en el texto de Giron un verdadero agasajo. Sólo es de lamentar que las imperfecciones en las notas y la bibliografía, producto del mal cuidado de una bonita edi-

ción, podrían mover a algunos a creer que la investigación no tuviera todo el rigor que la autora ha demostrado de sobra como coordinadora editorial de

las *Obras completas de Ignacio Manuel Altamirano*.

José Ortiz Monasterio  
INSTITUTO MORA